

05220

~~LIBRO~~
~~50~~
~~1962~~
UAP



UNIVERSIDAD DE CUENCA

E861.4
U42p
52+28

Presencia de la Poesía Cuencana

33

Julio María Matovelle

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1962

T XVIII N.4 X-XII-1962

E861.4

52758

eternidad, por aquellos que cumplen justicia más allá de nuestras pobres deleznales justicias y pagan penas extrañas porque no supieron sentirse seres con esencia firme de inmortalidad...

Desde sus ojos hacia afuera la verdad de una tristeza probada en días antiguos, cuando el niño abandonado lloraba inconsolablemente la falta de la madre terrestre y desde la noche le besaba un beso infinito de la Madre Suprema a la que consagrara amor de los amores en oraciones de dulzura infinita...

Desde sus ojos hacia adentro todo ese mar hundido en el que agitaban encuentros de lo inapelable, por donde discurrían voces y gestos apagados y desdibujados para siempre de lo tangible en llamamiento de comprensión, de corazón, de amor...

En lo constatable de sus miradas la sonrisa propia del ser probado en los dolores del tiempo... En lo intuído o adivinado de sus miradas extrañas palpitaciones de alma, lo ultrasensible, lo inaprehensible, lo impenetrable...

Su poesía es otra forma, quizá más dulcificada, de su tristeza hacia lo transitorio... Un mundo de antiguas lágrimas en algunas notas suyas, en aquello que el mundo, pobre mundo, ni quiso ni supo comprender...

Su poesía es también honda meditación, llena de verdades anteriores y posteriores al siglo, llena de esas verdades que pasan limpidas sobre los orgullos mundanos tornados miserable ceniza de sepulcro...

Su poesía en la Mística pura, en su Mística esen-

cial, es el himno conmovido a lo Divino en un ambiente de alas, ante los inefables Misterios...

Su poesía es como su mirada: recuerdos de sufrimientos remansados en la oración hacia afuera, pupilas de tristeza humana vuelta trascendente tristeza hacia afuera... Mas también pupilas ahondando no sé qué honduras de pensamiento hacia lo eterno...

En sus páginas poéticas el mismo ser y palpitar de sus extrañas pupilas... El Visionario, el Justo, el Santo por santidad de dolor y oración junto al dolor, es meditativo y profundo pero también tiernísimo y admirable... A veces, su voz recuerda a los humanos el vanitas de la Sabiduría, otras vuelve por la Historia Sublime, origen de la verdadera vida del espíritu, o tiembla también con temblores de lámparas frente a sagrarios donde hay un preso de amor y sacrificio... Y más hondo que todo, el latido del corazón de la Madre de Dios, el latido infinito del corazón de Dios...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

CONTEMPLACION NOCTURNA

Es el postrer desmayo de la tarde,
De triste luto el cielo se cobija,
La luz, la hermosa luz, huye cobarde
Atrás del claro sol de quien es hija;
Las tiendas de la noche con alarde
El genio adusto de las sombras fija,
Y cual hachón humeante que no alumbra
El crepúsculo vaga en la penumbra.

Es un horno apagado el firmamento.
Es un carbón sin rastro de centellas;
Mas luego en paso tembloroso y lento
Asoman pudibundas las estrellas,
Que radiosas se agrupan ciento a ciento,
Cual procesión de tímidas doncellas;
Mientras levanta la abatida frente
La amante de Endimión en el oriente.

La apasionada reina de la Caria,
En medio de aflicción terrible y cruda,
Visitaba la losa cineraria
Del que muriendo la dejó viuda;
Así la luna triste y solitaria,
De las estrellas con la corte muda,
Avanza macilenta, paso a paso,
A la tumba del sol, al triste ocaso.

Contemplad cuán solemne y majestuosa
Escintila esa bóveda inflamada,
Cual sala de un festín en que rebosa
La lumbre por mil lámparas regada;
El alma se recoge respetuosa
De un éxtasis sublime enajenada,
Y al Autor de estas altas maravillas
Le adora desde el polvo y de rodillas.

Ved cómo en raudo, silencioso giro
Van pasando los astros, coro a coro;
Más fugaz y más breve que un suspiro,
A veces luce un vivido meteoro,
Cual desgranada estrella de zafiro,
Que algún lucero de reflejos de oro
Enviado al suelo habrá con un mensaje,
En misterioso divinal lenguaje.

Mirad cual ruedan por la cóncava urna,
Cual sartal de diamantes, los planetas;
Como el velo de virgen taciturna,
Luciente cauda arrastran los cometas:
No de otra suerte con su luz nocturna
Rebullen las luciérnagas inquietas,
Inundando los valles y las cumbres
De repentinas, nitidas vislumbres.

El orbe todo espléndido rutila
Con miriadas de soles y de esferas,
Y el alma, absorta de estupor, cavila,
Si serán esos astros cual lumbreras
Que un ángel las enciende, despabila
Y apaga cuando asoman las primeras
Nubecillas de jalde terciopelo
Con que a la aurora se engalana el cielo

Cuánto la humana pequeñez contrasta
Con esa obra magnífica y suprema;
Quién sabe si esa bóveda tan vasta,
Con la fúlgida y láctea diadema,
Es una breve pieza que se engasta
En otro inmenso sideral sistema,
Y en serie inmensurable de eslabones
Se entrelazan esferas a millones.

¿Quién sabe cuántos seres en la altura,
Semejantes quizás a los humanos,
Habitan esos globos de luz pura?
¿En los cielos también habrá tiranos,
Y lágrimas y sangre y amargura?
Habrá guerras allá y odios insanos?
¿O son razas que gozan de la herencia
Del no perdido Edén de la inocencia?

En la mar insondable del misterio,
Audaz la mente se fatiga y cansa,
En vano de hemisferio en hemisferio
Con alas de relámpago se lanza;
De la ciencia mortal todo el imperio
No logra conocer esa balanza,
En que el Sumo Hacedor el orbe pesa
Cual un poco de cieno y de pavesa.

Vos ,Señor, que forjásteis sin crisoles
Esos globos de lúcido topacio,
Vos, que a puñados derramásteis soles
Que el atrio alfombran del azul palacio,
Vos, que al millar de imponderables moles
Trazásteis una ruta en el espacio,
Decidnos si esos astros vagabundos
Son ángeles o lámparas o mundos.

¡Que grande es Sabaotl el orbe todo
Rige con diestra prepotente y pia,
El oye complacido, de igual modo,
Del coro angelical la melodía,
Y el zumbido que oculto entre vil lodo
Lanza el insecto cuando muere el día,
El cuida del humilde gusanillo
Y del rey astro de fulgente brillo.

Esto nos dicen con su voz sonora,
Los cielos en las noches del Estio;
La majestad de Dios deslumbradora
Se ostenta con grandioso poderio;
Entonces el justo de contento llora
Y se estremece atónito el impio;
El bullicio del siglo entonces calma.
Y sola ante los cielos queda el alma.

Al contemplar los astros se desprecia
Cómo el hombre a su Dios haya negado,
¿Hay quién a este espectáculo estupendo
No se postre en la tierra anonadado?
Los cielos van a Dios enalteciendo;
¿Quién sus dulces hosannas no ha escuchado?
Podrá negar el polvo vil, la nada,
Lo que dice la bóveda estrellada?

Al contemplar los astros se desprecia
El vano fausto, la mentida gloria:
¡Cuan menguadas parecen Roma y Grecia!
Se sabe acaso arriba nuestra historia?
¿Y qué, la tierra, presuntuosa y necia,
Es algo más que un átomo de escoria?
¡Y por ella se matan enemigas
Nuestras razas, cual miserables hormigas!

Si se nublan de llanto nuestros ojos,
Si la hiel apuramos gota a gota,
Ante el cielo postrémonos de hinojos,
Y esa patria miremos no remota:
Pasa la vida, pasan los enojos,
El cáliz del dolor al fin se agota,
Y el alma entonces, con radiante vuelo,
Sobre los astros se remonta al cielo.

UNA GANANCIA ES MORIR

Mihi mori lucrum

San Pablo

¡Ay, la vida! ¿Qué es la vida?
Chispa oculta entre pavesa,
Relámpago que atraviesa
Tempestad enfurecida.

¡Ay la vida!
Es mal que cura la muerte;
Negra cárcel que, al morir,
Logra el prisionero abrir:
De tal suerte
Que una ganancia es morir.

Dejar espinas y abrojos
Para ceñirse de estrellas,
Secar del llanto las huellas
Y clavar en Dios los ojos:
¡Ay los ojos
Que han visto el mundo funesto:
Eso es dicha que el que muere
A gloria y cetro prefiere;
Y es por esto
Que gana mucho el que muere.

¿Qué son los placeres? Humo.
¿Qué la hermosura? Ceniza,
Que en el sepulcro se pisa
Cuanto en la tierra hay de sumo,
Todo es humo:
Plata y seda, todo todo!...
De manera que se gana
Muriendo en edad temprana;
De tal modo
Que sólo el que muere gana.

¿Por qué tan ruda ansiedad,
Tanto afán, tanta locura,
En ir tras lo que no dura,
En buscar la vanidad?
¡Vanidad!
Que duelos mil atesora,
Sólo el necio su ganancia
Busca en la tierra con ansia,
Porque ignora
Que es la muerte una ganancia.

Vivamos, pues, a manera
Del cautivo en calabozo,
Que, ajeno de risa y gozo,
Libertad cercana espera;
De manera
Que pongamos todo anhelo
En la gloria de morir,
Sin cansarnos de decir
Viendo al cielo :
Nuestra ganancia es morir.

EL DESPOSORIO O UNA PRIMERA COMUNION

"¡Silencio! de rodillas reverente,
Ardiendo en amor pío:
Puesta en el polvo la orgullosa frente:
Así, corazón mío!

Un instante no más, silencio, calma,
Corazón te demando;
Sí, mientras su oración eleva el alma,
Te ruego, te lo mando.

¿Ves aquella urna de coral preciosa
Que al rosicler insulta?
Oh! sabe que es un templo aquella rosa,
Y en ella Dios se oculta.

¿Percibes el aroma que se exhala
Del centro del santuario?
No ves al serafín que bajo el ala
Agita el incensario?

¿No te admira ese templo tapizado
De rojo terciopelo?
En ese puro altar es adorado
El mismo Dios del cielo.

¿Contemplas ese bando de querubes
Que llena el laberinto?
Corazón, corazón, ¿por qué no subes
A ese excelso recinto?

Bendecido mil veces el que adora
A su Dios donde quiera,
En la flor, en la nube y en la aurora,
El cielo y la pradera.

Voyme a morir si tarda una sola hora
El Bien por que me agito;
Enferma estoy de amores, me devora
La sed de lo infinito.

Del cáliz de marfil de la azucena
Le he de labrar un lecho,
Y en él le he de adorar, ya toda llena
De dulce amor el pecho.

Le he de adorar con lágrimas, callada:
Ay! El lo sabe todo;
Que soy misera sabe, que soy nada,
Que soy ceniza y lodo.

Que por El despreciara a todo el globo,
Que de ello estoy bien cierta;
Que entre sus brazos, en final arrobó,
Quedarme anhelo muerta.

Ah! libreme por fin de aqueste mundo;
Que la vida es martirio,
Y en este valle de dolor profundo,
La espina mata al lirio!"...

¿Pensaréis que esta niña enamorada
Contaba unos quince años,
Lo que es bastante para estar cansada
De tristes desengaños?

¿Que en la mañana hermosa de la vida
Soñaba ya en amores,
Y daba que decir la fermentida
A las cándidas flores?

¡Ay quien hablaba así llena de gozo,
De suave amor primero,
Ignoraba del mundo el alborozo
Y el gemir lastimero.

Jamás había probado la amargura
De rudos desengaños:
Era una niña candorosa y pura,
Y niña de siete años.

Vestida como un ángel esperaba
Su primer desposorio;
Y lágrimas dulcísimas lloraba
Ante un comulgatorio.

Y al recibir el matutino beso
De la Hostia sacrosanta,
La niña, del amor en el exceso,
Murió como una santa.

LA VERDADERA GLORIA

¡Oh! cuánto el hombre por brillar se afana!
Insecto que ignorado se desliza;
En vano con orgullo se engalana
Ese poco de polvo y de ceniza,
Que si hoy se mueve, morirá mañana.

¡Qué incesante anhelar, qué ciego empeño
Por gozar de una vida transitoria!
Y, ¿qué es la dicha, al fin, y qué es la gloria?
Niebla que pasa, momentáneo sueño,
Burla del tiempo, despreciable escoria.

Para vivir de muerto, qué locura,
Compra el sabio a la historia los pregones:
Por prenderse el guerrero dos galones,
Cava él mismo la negra sepultura,
Y le prenden con balas los cañones.

Con caireles de perlas y topacios,
El celaje deslumbra en los espacios,
Del moribundo sol a los reflejos;
Nos miente todo lo que brilla lejos,
Nos engaña hasta el humo con palacios.

Cómo encanta falaz y nos traiciona
Contemplada distante la grandeza;
Cuán espléndida luce la corona;
Mas aquel que la lleva en la cabeza,
Siente sólo y admira lo que pesa.

¡La virtud, la virtud!: ved lo que vale
Más que el cetro, la púrpura y el oro;
En la tierra es el único tesoro,
Y en el orbe no hay cosa que le iguale,
Ni en grandeza, ni en gloria, ni en decoro.

El que quiera alcanzar para sus sienes,
De lauro eterno fulgida guirnalda,
Huyendo del placer la muelle falda,
Y a manos llenas derramando bienes,
Enjague el llanto que a su estirpe escalda.

La versátil, plateada mariposa,
Cuyo breve existir no dura un día,
Vive y muere en el cáliz de la rosa,
Y, suelta en polvo de oro el ala hermosa,
Expira perfumada de ambrosía.

Pero el cóndor, altivo rey del Ande,
Airoso huella con seguro paso
La diadema imperial del Chimborazo;
Y sobre cimas de terror se expande
Perezoso batiendo el vuelo escaso.

Así el genio no mora entre las flores
Sino entre abismos de pesar profundo;
La copa del festín y los amores
A los menguados que deleita el mundo:
Para el genio la hiel de los dolores.

Es la gloria la estrella de la tarde
Que brilla en el ocaso únicamente;
Bañando en llanto la angustiada frente,
Sobre el sepulcro asoma la cobarde
Cual solitaria y tímida doliente.

La escena del Tabor, después de muerto,
Después de la ignominia del Calvario;
De zarzales el mundo está cubierto;
Sólo el tigre feroz, o el dromedario
Encontraron placer en tal desierto.

En el carro del trueno el iris prende
Sus festones de lila y de granada,
Y cuando el rayo los turbiones hiende
La procelaria audaz el vuelo tiende
Sobre las ondas de la mar airada.

Y el héroe con titánica osadía
Aumenta en majestad, en gracia aumenta,
Al furioso rugir de la tormenta;
Y batiendo las alas a porfía
Los crudos huracanes atormenta.

La escabrosa eminencia no codicio,
Ni quiero asiento deleznable y falso;
La cumbre está cercana al precipicio;
El trono para el malo es un cadalso,
Para el bueno, un altar de sacrificio.

Fija en el sol en dulce arrobamiento
El águila se eleva al firmamento,
Desde el rudo peñón en que se posa,
Los crespones de nube tempestuosa
Hollando con intrépido ardimiento.

Levantada la frente y mudo el labio,
Absortos contemplando de hito en hito
Las visiones de mágico astrolabio,
Se alzaron con la viva fe del sabio
Galileo y Colón al infinito.

Oh! cuán ricas coronas, oh! cuán bellas
Las que ciñe a los héroes el martirio,
No frágiles y breves como aquellas
De oloroso clavel y blanco lirio,
Sino engastadas de rubies de estrellas.

El contento y la dicha, al fin de todo,
Joyas son que no encierra el duro suelo;
Si es barro el hombre de cualquiera modo,
Primero ha de lavarse de este lodo:
La verdadera gloria está en el cielo.

LAS FLORES Y EL CREPUSCULO

Al despeñarse el sol en occidente
Y borrarse del cielo el tinte azul,
Asomaba el Crepúsculo doliente,
Lloroso y taciturno, con la frente
Velada con flotante y negro tul.

Cierta ocasión las compasivas flores,
Que siempre es compasiva la beldad,
Dijeron al Crepúsculo: "No llores;
Revélanos, amigo, tus dolores,
Y quizás calmaremos tu ansiedad".

Deteniendo el Crepúsculo su vuelo;
"Bellas Flores, repuso con rubor,
Aqueste que me aflige rudo anhelo,
Remedio no tendrá nunca en el suelo,
Que busco lo imposible con ardor.

Desgraciado de mí, que adoro loco
A la Luz de radiosa candidez!
Tras ella voy corriendo, ya la toco,
Para besar su sien, me falta poco,
Y no puedo estrecharla ni una vez.

Yo sostengo la fimbria de su manto
Y nunca admiro su rosada faz;
Las gasas de su lecho yo levanto,
De su carroza voy uncido al canto,
Mas, siempre por delante o por detrás".

El amante calló triste y sombrío,
Inclinando la ajada y mustia sien;
Y al instante cayó el primer rocío,
De las tímidas flores llanto pio,
Y llanto del Crepúsculo también.

Desde entonces de tarde y de mañana,
Del crepúsculo al tenue resplandor,
El pensil como el monte y la sabana,
Con puñados de perlas se engalana:
Tierno homenaje a un desgraciado amor.

LA CRUZ Y LA AMERICA

¡Oh excelsa y santa Cruz! yo te saludo.
Del genio y la virtud blasón hermoso,
Y del cristiano pecho férreo escudo,
Jamás mi mente pudo
Contemplarte, sin plácido alborozo.

Bello emblema de paz y bienandanza,
Antorcha refulgente de la historia;
El humano, sin ti, dicha no alcanza,
Es vana la esperanza
Y es dorada ilusión hasta la gloria.

Tú engendraste a la vida al Nuevo Mundo,
Quebrantando los lazos de la muerte;
El es un hijo de tu amor fecundo;
Del piélago profundo,
Es perla que arrancó tu brazo fuerte.

Entre las ondas de la mar bravía,
En blando lecho de rizada espuma,
América la hermosa se dormía,
Cercada de ambrosía,
Bajo las gasas de la nivea bruma.

Como yace una virgen encantada
Con copa engañadora de beleño,
En el regazo seductor de una hada,
 La América ignorada
Vivió en profundo, dilatado sueño.

De la Cruz a los vívidos fulgores,
La virgen despertó con desencanto,
Sobre su lecho de variadas flores,
 Vestida de primores,
Ceñida con guirnaldas de amaranto.

A los primeros tintes de la aurora,
Qué lánguida se alzaba en el oriente,
Una grata visión deslumbradora
 La bella soñadora
Contempló despertada, de repente.

Brillaban todavía las estrellas,
Y un disco de grandioso reverbero
Con su lumbre afrentando a las más bellas,
 Surgió del mar, tras ellas,
Como esplendente, matinal lucero.

Era la Cruz radiosa, sin mancilla,
Que a las playas de América llegaba:
Colón, hincando humilde la rodilla,
 El pendón de Castilla,
Con la sagrada enseña tremolaba.

¡Oh, América! refiere tu embeleso
Y tu éxtasis de amor, en aquel día,
Al sentir en tu casta frente impreso
 De la Cruz santa un beso
Henchido de ternura y alegría.

Adán no despertó más dulcemente
Del sueño que durmió, por vez primera,
Al beso cariñoso, puro, ardiente,
 Que sellara su frente
La amante esposa que el Señor le diera.

En los bosques, entonces, aroma intenso
Esparció toda flor como incensario,
Y las aves en medio de este incienso,
 En coro dulce, inmenso,
Saludaron la enseña del Calvario.

Del humilde salvaje en la cabaña
El ángel se posó de la armonía,
Y depuestos el odio y la vil saña,
 Concordia y paz extraña
A todos con celeste lazo unía.

¡Oh excelsa y santa Cruz! por qué misterio
Tu sombra sola al corazón hechiza?
Qué mágico poder tienes, qué imperio,
 Que todo un hemisferio
A tu tierna mirada se electriza?

Tu poder ya comprendo: eres emblema
De celeste y dulcísimo consuelo;
Y en el valle de luto y anatema
 Anuncias un poema
Que ha de acabar en nuestra patria, el cielo.

Y el magnífico Mundo adolescente
Que iba a ser oprimido por mil penas,
Te estrechó contra el seno, tiernamente,
 Como a amiga inocente
Venida a consolarle en sus cadenas.

¡Oh! nunca olvides a tu fiel amiga,
América la hermosa, la galana:
En tu pecho la fe celeste alberga
Y que jamás desdiga
De tu hermosa niñez, tu edad lozana.

La Cruz, la santa Cruz en arduas lides
Victoria te dará, paz y progreso,
Si de ella el justo amor nunca divides;
Jamás, jamás olvides
Que despertaste de la Cruz al beso.

EL PRIMER AMOR

EPITALAMIO

¡Fuera, de rodillas, serafines,
Velad en dulce espera!
Deshojad las magnolias, los jazmines,
Mas deshojadlos fuera!

Agitad llameante el incensario,
Alzad himno sonoro;
Mas cobijad, os ruego, este santuario
Con una nube de oro!

Al templo de los místicos amores
No entréis, oh, Serafines;
Derramad, eso sí, fragantes flores
En todos sus confines!

¡Cómo tiembla de miedo, cuál se agita
De gozo el alma toda,
Cuando en la noche plácida medita
el día de la boda!

Ahl cómo le he dar abrazo estrecho
Y un beso perfumado,
Y le he de aprisionar dentro mi pecho
A mi divino Amado!

Cuando venga mi Amado, Serafines,
Con él dejadme a solas,
Y afuera deshojad vuestros jazmines
Y lirios y amapolas.

ALERTA! PATRIA MIA

Es tiempo ya; levántate, despierta,
Ecuador, Patria mía, ante el ejemplo
Con que tanta nación herida o muerta
Te aconseja seguir la senda cierta
Que de gloria y ventura guía al templo.

Un terrible espectáculo se admira,
Allá, tras de los mares, allá lejos:
A un gigantesco mundo cual expira
Entre las llamas de espantosa pira
Que proyecta terribles reflejos.

¿No escuchas en el aire cómo zumba
Un confuso alarido y alboroto?
Es un mundo que baja hacia la tumba,
Es la Europa infeliz que se derrumba
Sacudida de horrible terremoto.

Ve volar encendidos por los vientos
Tanta hermosa ciudad, tantos palacios,
Y entre ayes clamorosos y lamentos,
Volcarse los castillos de cimientos
Inundando de polvo los espacios.

Contempla más allá ¡cuadro espantoso!
Es el campo infernal de una batalla:
Entre el humo apiñado, la metralla
Relumbra cual relámpago horroroso,
Y al herido clarín el trueno acalla.

Abrumadas de cieno y de fatigas,
Entre charcos de sangre y desbandadas
Se abaten las dos huestes enemigas,
Cual de extenso trigal febles espigas
Por bravos huracanes empujadas.

Todo es miseria, confusión y espanto,
El ánimo se enluta y se contrista;
Es imposible contener el llanto,
Es imposible no apartar la vista
De esa lúgubre escena de quebranto.

Ay! ese mundo idólatra del vicio,
Que agoniza en el potro de la afrenta,
El baldón se merece y el suplicio;
En la balanza del eterno juicio,
Pesado el crimen excedió a su cuenta.

Ese mundo orgulloso, con locura
Pisó la santa Cruz, excelso emblema
de contento, de paz, gloria y ventura;
Y necio desató contra la altura
La lengua vil, impúdica y blasfema.

Oh, Patria! te conturbas?... ¡Te anonada,
Te horroriza y confunde ese castigo
En que yace la Europa desmayada?
Ay! que la diestra del Señor contigo
No quiera levantarse nunca airada.

Jamás, jamás ¡oh virgen pudibunda!
Aje tu cuello de jazmín y nieve,
Esa oprobiosa y bárbara coyunda
Que impone la impiedad, tirana inmunda,
A los pueblos del siglo diez y nueve.

¿No vez cómo en tu trono codiciosa
Se allega turba vil con odio insano?
Pretenden arrancarte de la mano
La joya más espléndida y valiosa
Que te legó Colón el sobrehumano.

Si probar tu valor al cielo plugo,
Que venga el hacha del feroz verdugo ,
Corales brote el nácar de tu cuello,
Mas no vendas del héroe el blasón bello
Del apóstata infame por el yugo.

En tu púdica sien entrelazados
Azucena olorosa y blanco lirio
Esperan los claveles encarnados,
Que no bordan el musgo de los prados
Sino la ardiente arena del martirio.

¡Abrázate a la cruz, Patria querida!
Del cristiano a la enseña bendecida;
¡Abrázate a la cruz, con lazo estrecho,
Abrázate al seguro de la vida,
O clávala magnámina en tu pecho!

DEDICATORIA

En las Bodas de Plata de la M. R. M.
Sor Leopoldina Naranjo, de los SS. CC.

Tras de las tapias que de un convento
Para los ojos límites son;
Ante sus naves y su aislamiento,
Siempre ha soñado mi pensamiento,
Siempre ha latido mi corazón.

Hallo almas fuertes como las rocas,
Flores que aroman la soledad,
Místicas preces en castas bocas,
Virgineas fuentes, pálidas tocas,
Olor bendito de santidad.

Todo me atrae a este santuario,
¡Cómo sonríe mi corazón!
Y hoy que celebras tu aniversario,
¡Bodas de Plata!, junto al Sagrario
Oye cantarse desde Sión.

Feliz mil veces, alma dichosa
Que a Dios supiste presto inmolar
Cuanto la tierra, rica y hermosa,
Los reinos todos, sin faltar cosa,
¡Ay!, fermentida pudo brindar.

Veinticinco años son casi nada,
Menos que nada, instantes son,
Si comparamos con la alborada
De eterna vida, que preparada
Hallarla mira tu devoción.

Aquí en el claustro, fiel y rendida,
Sin ansiar goces, en soledad,
Lejos del mundo pasas tu vida,
A Dios buscando, de Dios querida,
Ansiosa siempre de santidad.

Oh!, dime ¿dónde darse podría
Mayor contento junto a la Cruz?
Dime? si acaso hubo algún día
Que fuera menos en la alegría
Qué te brindara tu Rey Jesús?

Penas y abrojos del cruel destino
Quédanse, sólo, ay! para nos,
Que batallamos en el camino,
Sin hallar nunca del peregrino
El puerto ansiado, su fin, su Dios.

.....

Qué visión hechicera me deslumbra,
Como fantasma de dorado ensueño,
Del crepúsculo en medio y la penumbra?
¿Es un ángel talvez el que me encumbra
En las alas de ensueño?

En grato lecho de armiñadas nubes,
Por la etérea región me hallo vagando:
¿Lucero de la tarde a dónde subes?
¿Hacia dónde, bellísimos querubes,
Tendéis el vuelo blando?

Mas, ya bajo a la tierra: los portentos
De natura y el arte ledo admiro:
Estupendas ciudades, monumentos
Que desdeñan la furia de los vientos,
Del tiempo aleve el giro.

El Niágara contemplo, el Tequendama,
La sien del Chimborazo adamantina,
La mar terrible, que furiosa brama,
Como las ondas con rubis escama
La estela peregrina.

Del Oriente los mágicos jardines
Que aduermen al Sultán en muelle holganza,
Do, apurando el placer en mil festines,
Bayaderas ceñidas de jazmines
Hechizan en la danza.

Alcázares grandiosos cincelados
En el nítido mármol o el granito,
De Babel los escombros derrocados,
Los arcos de triunfo levantados
A Napoleón y a Tito.

De Farsalia y Sedán el triste osario,
Do el Genio de las tumbas bate el ala,
Y la agrietada roca del Calvario,
Que un perfume de amor, como incensario,
Perennemente exhala.

Con el brillo fugaz de los meteoros
Y el vibrante esplendor de las centellas,
Entre grupos de arcángeles canoros,
Los Genios del saber pasan en coros,
Coronados de estrellas.

Mas basta ya: la sien enardecida
Por la gloria falaz, todo me abraso:
Si estéril ha de ser mi oscura vida,
¿Por qué me hace que duerma ¡fementida!
Una hada en su regazo?

Pasó ya la ilusión: sólo un lucero
El sueño de mi Cuenca hermosa vela,
Y ante mí se levanta un caballero:
—Quién eres, dime?— Farrand el viajero,
De la luz centinela.

¿Tú la visión causaste de mi halago?
Realizaste mis sueños, te bendigo;
Ya un genio seas, ya un artista o mago,
No desdeñes ¡oh Farrand!, en tu pago
La mano de un amigo.

A MI PATRIA

Tú, amor de mis amores, Patria mía,
Tú, mi dulce ilusión, mi grato ensueño,
Tú acrecientas mi orgullo y mi alegría!
De tu gloria y honor en el empeño,
Cómo ensalzarte con mi voz querría!

Oh qué tierno candor! cuánto donaire
Ostentas en tus formas contorneadas?
Qué hechizo, qué primor! cuando las hadas
Que cuidan de tus sueños, al desgairé
Tus gracias nos descubren mal veladas.

En la más alta cumbre de los Andes
Te posas como el águila altanera,
Sobre las nubes donde el rayo impera
El raudo vuelo majestuoso expandes,
Contemplando a tus pies la tierra entera.

Eres del astro rey vestal y esposa;
Tu bruñido zenit de ópalo terso
Es el ara perenne en que rebosa
La vivifica lumbre esplendorosa
Que embellece y anima el universo.

El ángel de la hermosa primavera,
Vestido de zafir, púrpura y gualda,
Te ofrenda los festones de su falda,
y besando tu sien pura, hechicera,
Te ciñe embelesado una guirnalda.

Más que el banano y cocotero esbelta,
Lumbrosa, adamantina como un astro;
En pliegues mil ondeante y desenvuelta
La veste carmesi te pende suelta
De los hombros de nítido alabastro.

En el coro gentil de tus hermanas,
De las hijas de América galanas,
Te ostentas como estrella matutina
Que asoma en el oriente peregrina
Hollando nubes de rubi tempranas.

Presentarte el Señor al orbe quiso
Como un remedo fiel del Paraíso,
Como púdica virgen, solitaria,
Envidiada en el garbo y el hechizo,
De la tímida y bella trinitaria.

Ignoras tus encantos, y modesta,
Entre el lujo y verdor de la floresta,
Te ocultas como airosa sensitiva,
Que humilde, apenas, de su cáliz presta
Aromas a la brisa fugitiva.

La paz de las virtudes te recrea,
Como a virgen crecida en el santuario,
En torno tuyo deliciosa ondea
Una fragancia mística, sabea,
Como aquella que esparce el incensario.

Antes que el sol magnífico deslumbre
Inundando de vida el horizonte,
Allá del Este, tras la andina cumbre,
Brotan raudales de fulgente lumbre
Que el cerco doran del opuesto monte.

Así tu porvenir de bienandanza,
Oh Patria mía, tu confin colora,
Y el radioso querub de la esperanza
Se levanta ceñido en lontananza,
Con la rósea diadema de la aurora.

Errante en el azul del firmamento,
Al beso de la lumbre tiembla y brilla,
Armiñada y sedosa nubecilla,
Cual garza que en el líquido elemento
Tiende el plumón de nieve sin mancilla.

¡Ecuador, Patria mía!, así pareces
Flotando en la región de tu futuro;
Al lampo de la gloria resplandesces,
Y altiva te columpias y te meces
Del libre cóndor en el éter puro.

Que más, oh Patria mía? Qué ambicionas?
El áureo cetro que abrillanta el lloro?
¿No eres acaso reina en el decoro?
Se eclipsará el metal de las coronas
Ante los brillos de tus bucles de oro.

¿QUE ES LA VIDA?

Soñaba yo de niño que la vida
Era un mágico edén de bienandanza,
Do, entre senda florida,
El viajero encantado no se cansa;
Do el raudal de la dicha blandamente
Arrastra soñolienta la corriente.

Pensaba que el supremo y dulce gozo
Se encontraba en cazar las mariposas,
Y en plácido alborozo
Recogen azucenas olorosas,
En formar con tejuelos mil castillos
Dó encerrar prisioneros a los grillos.

Mas pronto el llanto con candente riego
Agostó mi mejilla sonrosada,
Mirando en medio el juego
Muerta una prenda de mi pecho amada...;
¿Los castillos fantásticos? Rodaron,
Y al punto los insectos se volaron.

En seguida arribó la adolescencia,
Como flor que desgarra su capullo
Vertiendo grata esencia;
Trocado entonces con la edad mi orgullo
Mi anhelo y mi placer fueron más graves:
Perseguir en los bosques gayas aves.

Llegó la juventud: cuántas delicias
Inundaron a mi alma de improvisol
Cuántas dulces caricias
Del mundo ofrece el seductor hechizo;
Edad de los ensueños, edad de oro,
De encantos e ilusión rico tesoro.

La sien altiva presuntuoso elevo:
Menguando y bajo me parece un trono;
Con ardor siempre nuevo
Lo sublime y magnífico ambiciono;
del héroe genovés las altas glorias,
De César y Alejandro las victorias.

El joven como el águila altanera
Airoso hiende la encumbrada nube,
Y con ala certera
Hasta pisar los astros sube y sube;
Y eclipsando del sol la ardiente llama,
Soberano del orbe se proclama.

La vida se desliza encantadora
Entre jardines de aromosas flores,
Y nos ciñe la aurora
La guirnalda que tejen los amores,
Y el néctar del placer a grandes tragos
Se liba del festín en los halagos.

Mas basta de soñar, que en lontananza
Un terrible espectáculo diviso:

La tempestad se avanza
Entre truenos y rayos y granizo;
Se acaba la pradera, y los abrojos
En las sendas se arrancan a manojos.

Y luego de la vida la onda pura
En un lago de cieno se convierte,
La hiel de la amargura
La copa del placer quebrada vierte,
Y en la furiosa mar de las pasiones
Naufragadas se ven las ilusiones.

Las silfides venidas desde el cielo
Del niño a resguardar la blanca cuna,
El alto y raudo vuelo
Emprenden presurosas de una en una,
Y la guirnalda juvenil deshoja
El desengaño cruel hoja por hoja.

Y al caer de la sien las flores mustias
Un cerco dejan de punzante espina:
Llena el alma de angustias
En un lecho de zarzas se reclina:
Agitaron los vientos la amapola,
¡Y ha rodado entre el polvo su corola

Esta es la vida, oh Dios! que el hombre necio
Se afana en prolongar sobre la tierra,
Haciendo vil desprecio
Del alto gozo que tu cielo encierra;
Y el misero abrumado de fatiga,
Con hiel de llanto la ardua sed mitiga.

Y por cada ilusión que se hace nada
Y que un jirón de nuestro ser se lleva,
Surca la sien ajada

Del rudo tiempo la fugaz esteva,
Hasta arrojarnos con su biello impio
Allá en las trojes del sepulcro frio.

Joven soy; la engañosa de la fama
Sus trompas de oro con afán apresta,
Y risueña me llama
A subir de la gloria por la cuesta;
Mas del duelo en el valle solitario
La cuesta que me place es el Calvario.

A LA JUVENTUD

¡Hermosa juventud, orgullo y gala
De la tierna y amada Patria mía!
¿Quién tu grandeza y esplendor iguala?
El ángel de la gloria con el ala
La cuna cobijó de tu alegría.

Como águila naciste en alta cumbre,
Contemplando serena, de hito en hito,
Sin que la audaz pupila te deslumbre,
Los torrentes magníficos de lumbre
Con que el rey astro baña el infinito.

¿Do existe como tú raza ninguna
De titanes nacida en el regazo?
De los rayos del sol y de la luna
Gigante resguardó tu limpia cuna
La sombra del altivo Chimborazo.

Cual fénix prodigioso tú has nacido
Sobre riscos y grietas de volcanes.
Del voraz Cotopaxi al estampido;
Que el genio, como el cóndor, nunca el nido
Suspende entre aromosos tulipanes.

No al arrullo de fadas ilusorias,
Sino de héroes que ensalza todo el globo
Tu lengua desataron altas glorias,
El himno postrimer de las victorias
De Pichincha, Junín y Carabobo.

¡Gallarda juventud, con cuanto gozo
Miro que el vuelo prodigioso expandes!
Con brillo cada vez más fulgoroso
Te creces como alud que majestuoso
Impele un ventisquero de los Andes.

Con mano infatigable y generosa
Los dones de tu estirpe multiplica:
Mejor que el ramo de fragante rosa,
Sobre tu frente virginal reposa
De lauros bellos la guirnalda rica.

¿Por qué el viril esfuerzo que acaudalas
No sales a lucir como guerrera?
¡Oh! dame contemplarte, airoso Palas,
De un héroe embellecida con las galas,
Con fuerte escudo y fúlgida cimera!

El lauro de victoria te enguirnalde
En medio de la cruda, ardiente liza;
Vestida de tisú, con manto jalde,
Al orbe manifiestes que no en balde
La frente juvenil al orbe hechiza.

Para ti de la ciencia en el palacio
Riqueza nunca vista se atesora;
Las puertas de zafir te abre el espacio
Las estrellas te brindan su topacio,
Y su trono de nácares la aurora.

¡Oh! deja, juventud, la muelle falda
Que la sirena del placer te brinda;
El néctar del festín al genio escalfa;
La corona de perlas y esmeralda
Con el casco del héroe no avecinda.

Ya es tiempo juventud: al mundo muestra
Que sangre de héroes en tus venas arde;
Palmo a palmo luchando en la palestra,
Arranque la corona tu alta diestra,
Luego, luego, mañana será tarde.

Entonces, juventud hermosa, entonces
Te cantará la Fama en vario tono
Con las sonoras lenguas de sus bronces,
Y, abriendo el porvenir sus duros gonces,
Subirás de la gloria al arduo trono.

ILUSIONES

Ilusiones hechiceras,
Como a mentidas quimeras
Os detesto;
No me halaguéis engañosas,
Idos, idos, mentirosas,
Idos presto.

Cercan al niño querubas,
Y le presentan las nubes
Blando armiño;
Mas si adelanta unos pasos,
Las nubes se hacen pedazos...
¡Pobre niño!

El que es joven, desalado
Busca el lauro ambicionado
De la gloria;
Mas, si reflexiona un poco,
Advierte que ha andado loco,
Tras la escoria.

Linda es la copa, muy linda
En la que el mundo nos brinda
Miel impura;
Mas, ah! que en la copa de oro
Algo más que hiel y lloro
No se apura.

El amor es sensitiva;
No la toquéis, porque esquiva
Rueda y muere;
Y su magia y embeleso
Se evapora al primer beso
Que la hiere.

Así entre duelos y engaños
Van ajustando los años
La partida;
Y se nos marca una arruga
Por cada ilusión que fuga
Fementida!

Rueda el cabello en pavesa,
Y se forma en la cabeza
Un desierto:
Cada cana es flor que nace
Sobre un sepulcro do yace
Algo muerto.

En el pecho sepultado
El corazón seco, helado
Se hace trizas;
Y a la dura y yerta fosa
No se regala otra cosa
Que cenizas.

Púrpura, cetro y corona
A la entrada se abandona
De la tumba;
En su negro horrible hueco,
Del festín alegre el eco
No retumba.

Ilusiones nacaradas,
No me unjáis con las pomadas
De beleño;
No quiero yo que la muerte
Venga quedo y me despierte
De tal sueño.

Mas, ah! necedad sin nombre!
Cuándo mira en esto el hombre,
Cuándo, cuándo?
Entre locas vanidades,
Los pueblos y las edades
Van pasando.

Y, ¿qué es el mundo, y qué es todo?
Ay! qué ha de ser sino lodo
Fugitivo!
Alma mía, te avergüenzas?...
Razón tienes, cuando piensas
Cómo vivo.

EN VISPERAS DEL CALVARIO

FRAGMENTO

¡Jerusalén, Jerusalén, la hermosa,
Tú, la reina afamada del Oriente,
La joya del desierto, que la frente
Alzas radiante cual purpúrea rosa,
Y te embriagas con sangre de profetas!
¿Por qué ahora con afán inusitado
Te revuelves, te inquietas
Cual virgen con la cita del amado?

El ancho altivo muro
Coronan de Salén las hijas bellas,
Y en pláticas sabrosas y querellas
Y, en el mirar ansioso, no seguro,
Hablan de un algo que se saben ellas.
El aire de perfumes y canciones
Poblando, se desborda
Por la puerta de Ofel, a borbotones,
Muchedumbre agitada, en grito sorda;
Y luego en ancha calle
Se extiende en espirales por el valle,
El suelo alfombran la plateada oliva,

El sonante abanico de la palma,
Y el clavel encendido en lumbre viva:
Todo en el pueblo anuncia, y todo aviva
Un intenso placer, placer del alma.

Cual luce entre las nubes de la aurora
Matutino lucero,
Jesús, entre la turba que le adora,
Camina, sobre un asno, caballero,
Y al mirar a Salén, suspira y llora.
Y cual le tiende el manto,
Y cual con bullicioso regocijo,
Exclama en dulce canto:
"¡Hosanna! Hosanna de David al Hijo!"

Las madres envidiosas
Giran en torno la mirada inquieta,
Y se preguntan entre sí curiosas:
¿Habéis visto a la Madre del profeta?
Entre espinas, oh, madres, no entre flores
Id a buscar al lirio solitario:
¿A la Reina buscáis de los Dolores?
Mañana la hallaréis en el Calvario.

Terminada la fiesta
En silencio, después de tanto alarde,
A la mansión de Lázaro modesta
Solo Jesús se regresó de tarde .

El torpe escriba, el torvo fariseo,
En la fiebre voraz de astuta envidia
Los negros hilos de la vil perfidia
Tramaban contra el Justo Galileo.

Y la Madre envidiada
A todo regocijo y gloria ajena,
Desconocida, pobre y olvidada,
Buscaba un hospedaje en la morada
de Marta y Magdalena.
Para el dolor nacida,
Ni el nombre sabe de la humana gloria:
El llanto y la orfandad forman la historia,
La breve historia de su hermosa vida.
El mundo la miró con fiera saña,
Y para ella es el mundo tierra extraña:
Y es ella cual viajera golondrina,
Extranjera doquier y peregrina.
¿Ni qué a la Virgen el humano lodo,
Ni pompa vil, ni loco regocijo?
Huérfana y pobre sólo tiene a su Hijo,
Y el hijo es su riqueza y gloria y todo.
Un ignoto pesar ella presiente,
Parece que lo ignora,
Y sin saber por qué suspira y llora.
Como el púdico rayo de la luna
Al valle niega su primera lumbre,
Mientras que besa la enriscada cumbre,
Y de ésta a aquella salta, una por una;
Así la pena que el futuro esconde,
Primero al corazón aflige grave;
Contúrbase el espíritu y no sabe
Por qué pesar le embiste, ni por dónde.

Por calmar su recóndita amargura
Sale al campo María,
Llora, sí, y al llorar la Virgen pura
Llora la tarde y se oscurece el día.
Cuajado en perlas el virgíneo lloro
Recoge el ángel en un cáliz de oro,

Y al despertar la pálida azucena
Disputa con el ángel su tesoro
Y de topacios la corola llena.
Si alza la Virgen su mirada al cielo
Allí brotan estrellas;
Donde se imprimen sus sagradas huellas
Nacen lirios, envidia del Carmelo.
Y florecen las viñas,
La Virgen al pasar por las campiñas.
Y esparce el cinamomo rico aroma,
Reverdece lozana la pradera,
Y pudibunda la granada asoma,
Y todo es luz y encanto y primavera.

A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE EL EL
SEGUNDO CENTENARIO DE SU APARICION

¿Y he de cantarte, hermosa Madre mia,
Dueña del corazón, Reina del alma?...
¿Podré cantarte, celestial Maria,
En noche de dolor y sin la calma
Que exigen los cantares de alegría?
¿Cuando de guerra asoladora el luto
Silencio nos demanda por tributo
Y homenaje a la Patria en agonía?...
Pero el amor no calla, no consiente,
Virgen Santa, olvidar aquella tarde,
En que amable sin par y peregrina,
Radiante apareciste en nuestro cielo
Cual la bíblica Nube del Carmelo.
Reina eres de piedad, Madre divina,
Eres fuente de gozo y de consuelo;
A tus plantas de hinojos
Nos postramos humildes; nuevamente
Dignate aparecer a nuestros ojos
Como aurora de paz en el oriente.

*
* *
*

Era el glacial diciembre: del Pichincha,
La inaccesible y enriscada cumbre
Bañada en resplandores semejava
El trono de la luz; la pesadumbre
De la escueta montaña, donde se hincha
La tempestad furiosa, donde se arde
Volcánico fulgor, ora ostentaba
Los rosados cambiantes de la lumbre
Tranquila de la tarde.
El fatigado sol hacia el ocaso
La carroza guiaba, de centellas
Tachonando las huellas
Que en la azulada esfera deja al paso.
Del Ande majestuoso en el regazo
La adolescente Quito se adormía;
Mas de pronto despierta
A las notas del dulce Ave Maria,
Cual los guerreros por la voz de alerta,
El cantar escuchó con que en la diaria
Ferviente procesión, multitud pía
Elevaba al Eterno, por plegaria
Entretejiendo el ramillete vario
De rosa, de azucena y trinitaria
De las célicas preces del rosario.

En ondas de armonía
Que de júbilo inundan los espacios,
Las voces del meliflúo Ave Maria
Aljófares derraman y topacios;
Se enciende el sol en vivos resplandores,
Aparecen del iris las guirnaldas,

De los campestres montes a las faldas
 Desabrochan el cáliz nuevas flores.
 La casta, extasiadora melodía
 Del santo Ave Maria
 Conmueve a todo el orbe,
 De rodillas le postra, le arrebat
 En impetuosa y rauda catarata
 De gozo divinal: todo lo absorbe
 Aquel de la oración divino beso
 Que al corazón le encumbra y le dilata
 De ardiente caridad en el exceso.

*
 * *
 *

Al cantar melodioso
 Levanta el cielo las fulgentes puertas;
 En escuadrón airoso
 Asoman, tras las gasas entreabiertas
 De la mansión del gozo,
 Innúmeros, bellísimos querubes;
 Suelta la blonda cabellera al viento
 Pueblan el firmamento
 En grupos vagarosos como nubes;
 Y uniendo el puro celestial acento
 Con las terrestres voces,
 En canción alternada,
 Ensalzan a la Virgen, coro a coro,
 Entre el tañer de cítara argentada
 Y el flébil trino de las arpas de oro.

No bien preludia el cántico celeste,
 Fulgente brilla entre el celaje pardo

El Arcángel Gabriel, que majestuoso
 Ciñe de nácar estrellada veste
 Y esparce en torno aromas cual de nardo;
 Llegando a la felice
 Muchedumbre de espíritus alada
 Con grata voz les dice:
 "Vosotros del Señor la santa armada,
 El victorioso ejército del cielo,
 ¿No contempláis el duelo
 En que yace la tierra?
 El dragón infernal la mueve a guerra
 Con ímpetu terrible, furibundo;
 A la engañada Europa
 Embriaga con la copa
 De falsa libertad y goce inmundo;
 El cisma de Lutero,
 Armado de poder, con saña impía,
 Abate los altares de Maria,
 Y amenaza inundar al mundo entero.
 De la alma Virgen ya la faz no alegra
 Las regiones que al ártico avecinan;
 El vicio y el error viles, protervos,
 En tempestad se hacinan,
 Y extienden por doquier el ala negra
 Como bandada lúgubre de cuervos.
 Ah! que el infierno todo
 Sumerge ya la terrenal esfera
 Entre torrentes pútridos de lodo!
 Volvamos al combate, hagamos frente
 De la rabia infernal a los extremos.
 Angeles del Señor, decid: ¿qué haremos
 Para humillar ese envidioso encono
 De la antigua serpiente?

"En la mitad del nuevo continente
Grandioso y bello trono
A la Madre de Dios levantaremos.
No en el oscuro bronce, ni en la piedra
Que vil olvido enlutará con yedra;
No con pincel humano, ni en el lienzo:
Del firmamento en el azul inmenso
Pondremos una imagen de María,
Con primor esculpida sin segundo,
Al resplandor del día,
Dándole por peana al Nuevo Mundo".

*
* *

Las preces alternadas del Rosario
Que salmodiaba Quito,
En alas de los Angeles llevadas
Alzábanse en oleadas
Como esas que levanta el incensario.
Mientras el canto vibra, de repente
Una rara Visión fascinadora
Aparece flotante, a la misma hora,
Entre el niveo celaje del oriente;
Derrama en torno dulces resplandores
Como lluvia de flores,
De esas que esparce el carro de la aurora.
Una Virgen de fúlgido alabastro
Esculpida en hermosa y blanca nube
Procera se alza, y sube
Esplendente, radiosa como un astro.
De regio porte, de actitud serena,
Ciñe la imagen imperial corona,
Por cetro ostenta un ramo de azucena,

La izquierda mano púdica eslabona
Con los abrazos del Divino Niño;
Le cubre por la espalda
En anchos pliegues majestuoso manto,
Velando en copos nitidos de armiño
El talle esbelto y la ondulante falda.
Las plantas virginales
De la Visión celeste y peregrina
Descansan en los cándidos cendales
De una densa neblina.
¡Cuánto dieran las rosas,
Cuánto las frescas perfumadas dalias,
Por besar esas plantas pudorosas
Y estrecharlas a modo de sandalias;
Entonces cuán gustosas
Ofrendaran del cáliz esas perlas
Con que el alba acostumbra enriquecerlas.

A los fulgores que destella grandes
La célica Visión en las alturas,
Póstrase humilde, de rodillas, Quito;
La cerviz de granito
Doblan las altas cumbres de los Andes;
El gallardo Cayambe se conmueve,
Yergue la faz ufana
El plateado y fantástico Antisana,
Y extiende las alfombras de la nieve
Ante esas plantas bellas
Que se calzan de soles y de estrellas.

*
* *

¡Reina del cielo, amada Madre nuestra,
Que en esta tierra triste

Como radiante nube apareciste,
 Amparando a este pueblo con tu diestra:
 Luce ahora tu poder, tu amor demuestra
 Salvando al pueblo tuyo que elegiste.
 En tu amplio corazón no cabe olvido,
 ¿Y no ve, Madre amada,
 Esa tu activa, maternal mirada
 Cuál tu pueblo escogido,
 Sobre sangre y cenizas clama herido?
 ¿Desdeñará, Señora,
 Tu pronta siempre y compasiva mano
 A un pueblo que te implora,
 A un pueblo tuyo, el pueblo ecuatoriano?
 Ah! la nación que ayer te proclamaba
 Amante fiel, discípula de tu Hijo,
 Hoy del error la envilecida esclava
 Ante el mundo aparece.
 ¿Y lo sufre tu amor? ¡Tu afán prolijo
 Al mirarlo no gime, no padece?
 ¡Peregrina Paloma de los cielos,
 Aquí donde el condor el vuelo expande,
 Entre las cumbres nitidas del Ande,
 Con tierna dilección has escogido
 Lugar para tu nido;
 La herencia tuya somos, tus polluelos;
 A tu sombra acudimos por amparo:
 ¿Nos negarás tu amor y tus desvelos?
 El buitre no abandona el nido caro,
 Ni a la tímida prole que le aguarda
 Buscando el ala amante que le encubre:
 ¿Tu tierno corazón, dulce María,
 Podrá olvidar al pueblo que en ti fía?...
 ¡Sé Madre nuestra, oh Virgen de la Nube!

LA INSPIRACION

¡Soplo divino, inspiración sublime
 Que transformas al hombre en otro ser
 Y le elevas del valle donde gime
 A encantadas regiones de placer!

Como al fiat de Dios, omnipotente,
 Espléndida brotó la creación,
 Así brotan mil mundos en la mente
 Que tu calor fecunda, inspiración

Unas veces terrible y tormentosa,
 Cual aliento de negra tempestad,
 La convulsión produce que penosa
 Sintió la Pitonisa en otra edad.

Entonces, del Sinaí en la trompeta,
 Lanzar quisiera el vate horrendo son,
 O, en bíblico lenguaje de profeta,
 La muerte presagiar su destrucción.

Otras dulces y suave cual la brisa
 Que se aduerme en el cáliz de la flor,
 Al bardo infundes celestial sonrisa
 Y el idioma le das del ruiseñor.

Y, el albo velo del Edén rasgando,
Le conduces al coro angelical,
Donde, en su lira de marfil cantando,
Alternan en el hosanna celestial.

Ya le llevas en nube de metralla
Allí do sueña el bélico clarín
Y le eriges en dios de la batalla,
Como el cantor ilustre de Junín.

Ya, más allá del tiempo y del espacio,
Le muestras el fulgente resplandor
Del trono de diamante y de topacio
Que levantan los astros al Señor.

Pero, a veces, con mano temblorosa,
Derramas en el pecho amarga hiel,
Que roe las entrañas, ponzoñosa,
Y el corazón del bardo mata cruel.

¡Rasga entonces airado sus vestidos
Y prorrumpe en horrenda imprecación,
Lanzando, como Job, tristes gemidos
De despecho, quizá de maldición!

Mas le llevas a mágicos jardines
Do, el balsámico ambiente al percibir
De azucenas, claveles y jazmines,
Su muerto corazón vuelve a latir.

¡Inspiración divina, no el acento
Me des del que, feliz, puede cantar.
Dame de Jeremías el lamento;
Mi numen es dolor: quiero llorar!

PARA LA COMUNION

Ven, Hostia divina,
Ven, Hostia de amor,
Ven, haz en mi pecho
Perpetua mansión.

Lirio de los valles,
Bella flor del campo,
Que al nítido lampo
Del naciente sol,
Te alzas en el ara ,
Peregrina y sola,
Y abres la corola
De niveo fulgor.

Tras esos cendales
Que atan los querubens,
Cual tras de las nubes
Refúgiase el sol,
Se oculta a mis ojos
Mi Dueño querido;
Pero el pecho herido
Me tiene de amor...

Todo calla en torno
Del altar sagrado;
¡Oh, brisas! cuidado,
Ni un leve rumor!
No turbéis os pido,
No turbéis el sueño
De mi amante Dueño
Y amado Señor.

Vino de las vírgenes,
Manjar de escogidos,
Que en Ti hallan unidos
Sustento y amor:
¡Ay de quien no come
El Pan de la vida!
¡Ay del alma herida
Que a ti no acudió!

Oh, Pan de los ángeles
¡Hay quien no se asombre
Al ver cómo el hombre
Desprecia tal don!
¡Oh, Amor ignorado,
No correspondido,
Amor en olvido,
Ultrajado amor!

Mendigo del cielo,
Muestras tu fineza
Viviendo en pobreza
Sin gloria ni honor.
No en palacio de oro
Se meció tu cuna,
Ni pompa ninguna
Se arrastra en tu pos.

Moras en los templos
Cual Rey solitario,
Belén y Calvario
Tus altares son:
Atónitos gimen
Los Angeles mismo
Al ver este abismo
De infinito amor.

Himno de silencio
Sólo aquí retumba;
Parece una tumba
La santa mansión;
La lámpara triste
Vierte lumbre escasa,
Y es muy pobre casa
La casa de Dios.

Oh, Dueño divino!
Oh, Amante olvidado!
¡Jesús adorado.
Mi Rey, mi Señor!
Ya tanta fineza
Y tanta ternura,
Parecen locura,
Locura de amor.

¡Ah!, no, Jesús mío!
Yo que te amo poco,
Yo el ingrato, el loco
Y el protervo soy;
Mas, Dueño adorado,
Me rindo y concluyo
Por ser todo tuyo:
¡Tu amor me venció!

SALVE

A NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

¡Salve, dolorosa
Y afligida Madre!
¡Salve, tus dolores
A todos nos salven.

Vamos al Calvario
Que está ahí nuestra Madre
Anegada en llanto,
Empapada en Sangre.
De la cruz pendiente
Jesús muerto yace
Y no hay quien consuele
A la triste Madre.

De la cruz ya bajan
El cuerpo adorable,
Y en los brazos ponen
De su Esposa y Madre:
Cómo abraza y besa
La Víctima exangüe!
¡Ay cómo en sollozos
Toda se deshace!

Atónitos, mudos,
Contemplan los ángeles
A su hermosa Reina
Casi agonizante;
Lloran las estrellas,
Las rocas se parten,
Enlútase el cielo
En duelo tan grande.

¡Oh, Reina hechicera!
¡Oh, amorosa Madre!
¿Quién ¡ay!, quién te ha puesto
En tantos pesares?
Ay! sólo mis culpas,
Esas culpas grandes
El verdugo han sido
Para atormentarte.

Cesen ya tus penas,
Dulcísima Madre,
Queden esas lágrimas
Para los culpables.
Por esto, en el Gólgota
Vengo a acompañarte;
Mi agua será el llanto,
Mi pan los pesares.

Madre Dolorosa,
Reina de los mártires,
Dame de tus penas
El amargo cáliz.
Dame tus tormentos,
Tus lágrimas dame,
Y haz que en el Calvario
Mi vida se acabe!

MEDITACION

¿Quién es el Dios omnipotente y sabio?
¿Quién lo define? ¿Cuál humano labio
O qué finito ser?

¿Qué son espacio y tiempo a su presencia?
¿Quién sino él mismo su divina esencia
La puede comprender?

Todo lo rige con su sabia diestra
Y su potencia divinal nos muestra
La grata multitud.

De seres tantos que esparció su mano
Fecundando la nada, soberano,
Por sola su virtud.

¿Véis esas moles de rubi y topacio
Surcando ardientes el azul espacio,
Cual coro angelical?

¡Ah cuando sopla su furor divino,
Es de polvo flotante torbellino
Que agita el vendaval.

¿Habéis mirado cual los soles todos
Allá en los cielos, de diversos modos,
Derraman su esplendor?

Pues, ante un rayo sólo del Eterno,
En carbones se tornan del averno,
Sin lumbre ni color.

Calla el concierto musical del orbe,
Terror profundo su canción absorbe,
Dulce canción de paz.

Y los querubes caen temblorosos,
Ocultando en silencio, pudorosos,
Su refulgente faz.

¿Y qué es el universo a su mirada?
Menos que el polvo que pisamos, nada:
Es triste vanidad.

A su palabra sola, ¡aniquiláos!
Otra vez todo tornarése al caos
Y negra oscuridad.

¿Y qué es el hombre? ¿Qué ha de ser? gusano
Confundido de arena en un vil grano
Que casi no se ve.

Su vida dura lo que dura el día:
Apenas nace, ya la muerte impía
Le huella con su pie.

Nadie en él fija compasivos ojos,
Aún los insectos causanle sonrojos,
Con rabia y con furor.

El fuerte brazo del Eterno mismo,
Arrojóle por siempre en un absímo
De llanto y de dolor.

Mas, ¡oh prodigio de maldad no vista!
Osó esta débil diminuta arista,
Contra su Dios pecar.

Y luego con sacrilega locura,
Su ley excelsa, sacrosanta y pura
Lanzóse a desgarrar.

Yo soy este hombre, ¡Dios omnipotente!
El sello de un infame delincuente,
Llevando voy doquier.

Mas Tú el excelso Dios, que el firmamento
Pudieras desquiciar de su cimiento,
Con sólo tu querer.

¿Cómo por tanto, Majestad, me atrevo,
A hablarte? ¡Cómo mi oración te elevo,
Despreciable reptil!

¿Cómo me sufres, lleno de pecado,
De la nada en el seno sepultado
Cómo no soy por ti?

Mas eres grande, eres sabio y bueno
Pues, descubriendo tu amoroso seno,
Me otorgas tu perdón.

Y, si yo pude cometer la falta,
Al perdonarme, tu poder resalta,
Cual nunca, mi Señor!

EL NOMBRE DE MARIA

Yo he visto en las tardes las nubes brumosas
Cubrir tempestuosas
Del cielo el fulgor,
Y en ellas bordarse con bellos colores,
Un iris luciente, cual arco de flores
Que sobre un abismo se muestra un primor.

Y siempre he creído que entonces escribía
Tu nombre, María,
Algún serafín;
Y siempre en su choza postrarse al abrigo,
Rezándote he visto, gozoso, al mendigo,
Que el iris miraba del cielo al confin.

He visto en la noche los astros radiantes,
Que cruzan errantes
En gran multitud.
Tal vez hay un coro de vírgenes bellas,
Que alegres, tejiendo guirnaldas de estrellas,
Tu nombre dibujan con rara virtud.

¿Qué sé si por esto, besando a cada una,
La tímida luna
Miramos pasar?
¿Qué sé si por esto, quien fija en los cielos
Sus ojos, recibe mil gratos consuelos
Que curan el pecho que abruma el pesar?

¡Qué bellos se ostentan los prados en Mayo,
Al lúcido rayo
Que vierte tu sol!
Descubren las flores su cáliz al aire,
Irguiendo sus tallos con gracia y donaire,
Y en tintes superan al mismo arrebol.

Entonces tu nombre, con ricos matices
En muelles tapices,
Pintado se ve;
Por eso aún las peñas y rocas eriales
Descuelgan festones de hermosos rosales,
Que al hombre le dicen: no es vana tu fe.

Saltando entre riscos, resuena agitada,
La limpia cascada
Que cubre un zarzal;
Tu nombre ella canta, tu nombre sagrado
Así como el coro de cisnes arpado
Que flota en un lago de terso cristal.

De tarde, en las selvas levisimo y blando,
Se escucha vagando
Un dulce rumor:
Tu nombre, Señora, murmura la brisa,
Por eso, las flores, con áurea sonrisa,
Sus cuellos inclinan de aquella en redor.

El ángel, pulsando su cítara de oro,
En himno sonoro
Te nombra también;
Aún más ¡Oh María! te nombra el Eterno,
Y todos los orbes, a un nombre tan tierno,
Alegres se mecen con leve vaivén.

Tu nombre es más dulce que fruta sabrosa,
Que miel deliciosa
De blando panal:
Ungüento de nardo que esparce el ambiente,
Tu nombre es, Maria: más, ¡ay! vanamente
Comparo tu nombre, que a nada es igual.

El náufrago triste te llama a sus solas,
Al ver que las olas
Le bañan la sien;
Tu nombre pronuncia, perdido, el viajero,
El huérfano pobre, postrado el guerrero
Y aquel que al cadalso camina también.

Por esto en mis penas, te invoco confiado,
Pues siempre has regado
Tu bálsamo en mí:
Por esto te clamo ¡Maria, Maria!...
Oh! nunca he probado mayor alegría!
Oh! nunca en el mundo tal gozo sentí!

ANSIEDAD

Ardiente fuego me devora el alma!
Deseo indefinible, vago, incierto,
Que me quita la paz, la dulce calma,
Y me destroza como a seca palma
Batida por el viento del desierto.

Un ansia tengo grande e infinita,
Afán inmenso de abarcarlo todo;
Pero la tierra mísera y finita,
Con cuanto en ella noble y rico habita,
Pequeña me parece, polvo y lodo.

Una insaciable sed tengo de gloria
De ser entre los hombres el primero,
De legar mis recuerdos a la historia,
Y de que resplandezca mi memoria
Cual de la tarde el fúlgido lucero.

Mas pienso luego que la gloria es nada,
Vano rumor que en un desierto zumba,
Flor en un breve día marchitada,
Astro nocturno, cuya luz plateada
Se extingue en el ocaso de la tumba.

Con delirio frenético querría
El cáliz agotar de los placeres,
Y de la danza en medio y de la orgia,
Embriagarme de gozo y alegría,
Cercado en torno de mil bellos seres.

Mas ay! comprendo que el placer no existe,
Que está su copa llena de veneno,
Que la ventura mundanal es triste,
Y que el amor humano se reviste
De un manto terrenal de inmundo cieno.

Cuando miro de noche alguna estrella
Que allá, en el firmamento, resplandece,
Cual de la eterna lumbre chispa bella,
Y cómo, a veces, su fulgor destella
Tanto, que a sus hermanas oscurece;

Volar hacia ella rápido quisiera,
Pisar los globos de rubí y topacio,
Al Genio contemplar que en lo alto impera,
Y ver cómo, crujendo por la esfera,
Surcan aquellas moles el espacio.

Mas, ay de mí! que el cielo está distante
Y presa yace mi alma en la materia:
Ofúscame esa lumbre rutilante;
Débil arista soy que vaga errante,
Sumido de la tierra en la miseria.

¿Qué es esto? qué! por un fatal sarcasmo
Habré en el valle del dolor nacido?
Tal vez me encuentro presa de un marasmo
Y en medio del suplicio me entusiasmo,
Y al despertarme, triste, me hallo herido?

¡Un átomo de polvo soy acaso,
Por un soplo impelido que yo ignoro!
Tal vez de un mundo desprendido al paso,
A este planeta del dolor me abrazo,
Mientras danza del orbe en el gran coro!

Ah! no, alma mia, calme ya tu anhelo,
Hay un ser portentoso a quien olvidas:
Tras de ese inmenso, azul y limpio velo,
Se asienta el trono del Señor del cielo:
Junto a él tus ansias quedarán cumplidas.

EL PROSCRITO DE LOS SIGLOS

¡Misterio de terror! La humana gente
Reprueba la virtud y la desprecia!
Reprueba el crimen, y ¡oh, conducta necia!
Hasta el polvo bajando el alta frente,
Como a un dios le venera reverente!
Un déspota es el crimen, y su imperio
De norte a sur abarca un hemisferio.
Es dulce la virtud,
El contento y la paz forman su trono,
Mas detestan los hombres con encono
Su plácida quietud!

Ante la faz fulgente de la aurora,
Recoge la tiniebla el negro manto;
Ante el águila, vuela con espanto,
El mochuelo, que en tristes peñas mora;
La tempestad el ala aterradora
Pliega ante el iris de fulgor divino;
Su punta inclina el punzador espinoso,
Humilde, ante la flor;
Y ante el justo bajado de la altura,
Ante su bella faz y su dulzura,
¡Se irrita el pecador!

Al despertar el mundo a la existencia,
Dos aras al Señor se levantaron;
Las víctimas en ambas se inmolaron,
De bellas flores entre pura esencia;
Mas de Dios fue acogida en la presencia,
Sólo el ara de Abel; la de su hermano
Fue fabricada por rencor insano;

Pues, rudo pensaba él:
Si ante el Señor mi hermano ha sido justo
Su muerte exigen mi placer y gusto,
¡Y luego murió Abel!

"Corta es la vida, su dulzura es breve,
Ciñámonos de rosas y jazmines,
Y en danzas apuremos y festines
De sabroso licor la copa leve;
Que no exista placer que no se pruebe;
El amor nos embriague con su beso;
¡Doquiera reinen dicha y embeleso,
Que ya lanzado fue

El justo que aquel ara necio traza".
Tal de Caín decía la cruel raza,
Y el necio era Noé!

"¡Jerusalén, Jerusalén hermosa!
De Canaan y el desierto soberana,
Que te ostentas con púrpura y con grana
Y aspiras los perfumes de la rosa;
Te eligió Jehová para su esposa;
De lino te adornó con blanco cinto,
Cetro de oro, calzado de jacinto
Y manto de esplendor,
¡Ya de tu Esposo con baldón reniegas!
Y a pobres extranjeros, vil entregas
Adúltera, tu amor!"

Así a Salem clamaban los Profetas;
Mas Salem, entregada a sus orgias,
Entre inicuas y falsas alegrías,
"¿Por qué el justo gritaba, di, me inquietas
Y mis obras humilde no respetas?
Y al cisne de Anathoth sumergió en cieno
Cual tigre, a Zacarías rasgó el seno,
Y al dulce hijo de Amós
Las sienes dividió con ruda sierra,
Y dijo: "No hay justos en la tierra
Que nombren a su Dios!"

La magnífica, sabia, ilustre Atenas,
Con la impiedad horrenda del cinismo,
A sus hijos condena al ostracismo,
Si del vicio no arrastran las cadenas,
¡Ejemplo no contado de las hienas;
Aristides, a un necio que le odiaba,
¿Por qué al justo condenas? preguntaba,
¿Decirme no podrás
La falta que has sabido de aquel hombre?
"La que él indica con su mismo nombre,
El justo; así se llama"

El justo de los justos por el suelo,
Puro y manso pasaba, cual paloma,
Como pasa en las brisas el aroma
Que despiden los lirios del Carmelo.
El bien regaba con ardor y celo;
El misero leproso y el mendigo
Respetaban en él a un tierno amigo:
Su nombre era en Judá
Como en la primavera el bello aroma,
Como ungüento de nardo y cinamomo
Brotados en Sabá!

Mas los hombres del mal, con saña impía
"¡Muera el Justo, clamaron, muera, muera!"
Y al Justo se arrojaron, como fiera
Que en el manso cordero su ira sacia;
Entre el sarcasmo vil de su alegría,
De oprobios le abrumaron y contentos
Claváronle en la cruz,
Y su nombre abrogaron cual maldito;
Era todo su crimen y delito:
El Justo ser, Jesús!

Desde entonces, el justo en este valle,
Cargado de la cruz del sufrimiento,
Saboreando un pesar en cada aliento,
Un pie no mueve, sin que espinas halle;
Y del dolor por la angustiosa calle,
Seguido en pos del rudo victimario,
A la cumbre camina del Calvario.
¿Allí se ha de quedar?
No, que una patria tiene, no distante,
Por esto dice con valor constante:
¡Los cielos son mi hogar!

UNA VIRGEN ORIENTAL

Bajo un alto sicomoro
Sentada una niña está
Que florecer vió el almendro
Doce veces, nada más.

De tez mórbida y trigueña
Cual las hijas de Judá,
De mejillas sonrosadas
Cual granados de Galaad.

Cual la flor del terebinto
Es su labio virginal,
Cuando el céfiro su broche
Entreabierto ve al pasar.

Son sus ojos cual la estrella
Que en Fogor cantó Balaan,
Son rasgados, son amables:
De paloma es su mirar.

Es su túnica más blanca
Que la nieve de Ararat,
Y a su esbelto talle presta
Una forma angelical.

Es más casta que Susana;
Y es tan grande su beldad,
Que la envidiaran las rosas
De Jericó y el Jordán.

En su falda tiene flores,
De nardo, clavel y azahar
Y entreteje con oliva
Ramilletes sin igual.

Por el valle va un anciano
Sacerdote, y al pasar,
"Qué hace el lirio entre las flores,
Le dice, Bella Myriam?"

"Haciendo, Señor, tu sierva
Dos ramilletes está;
Pues ya de los tabernáculos
La gran fiesta va a empezar".

Esto dice y presurosa
Se encamina a la ciudad,
Pues que del templo se vino
Florechillas a tomar.

Cual del Nilo blanco cisne
Himnos entonando va;
Ya se oculta en las palmeras,
Ya penetra en la ciudad.

LA VIRGEN DE JUDA

Quién nos diera de la Virgen
Escogida de Judá
El dulcísimo semblante
Extasiados contemplar!

Vedla allí: cual imagino
A mi Reina celestial,
Cuando tierna adolescente,
Llena de gracia y beldad.

Bajo un alto sicomoro
La cándida Niña está
Que florecer vió al almendro
Doce veces, nada más

Las miradas en el cielo,
El corazón más allá;
Toda encendida en transportes
De divina caridad.

Es más casta que Susana,
Y tan rara su beldad
Que envidia causa a las rosas
De Jericó y el Jordán.

.....
Era el caos, la nada: la tiniebla ,
Como una inmensa niebla,
Los senos ocupaba del espacio,
Sin ecuador ni polo;
Dios, en su eternidad, estaba solo,
Como rey sin vasallos ni palacio.

Mas el supremo Fiat,
Cual tenue velo desgarró la nada,
Y rota ya la niebla en mil jirones,
Por la luz arrollada
Se ocultó del espacio en los rincones.

Ondeante luego, como polvo de oro
Sobre copos de rosas y jazmines,
Asomó de los astros el gran coro,
Entre nubes de alados serafines.
Del universo, entonces, en los confines,
Un himno resonó solemne y tierno,
A cuya embriagadora melodía
La mañana brotó del primer día
A la sonrisa hermosa del Eterno.

Al punto, por un angel desgranados,
Se esparcieron los globos de zafiro,
Y fueron a cada uno señalados
En la etérea región, el rumbo y giro.
Desde entonces, de noche ,entre las nubes
Nos asombran los astros con sus galas,
Porque allí los ostentan los querubes,
Y de día los cubren con sus alas.

¡Oh, cuanta maravilla
En sus ámbitos guarda el firmamento!
Al esplendor difuso con que brilla
Se eleva el alma en dulce arrobamiento:
El poder de la diestra omnipotente
Vislumbra entre celajes un momento
Y corona de estrellas su alba frente.